

hasta que de pronto, como dudando, se volvió hacia la barraca y metióse en ella, cerrando tras de sí la puerta.

—¡Es curioso! murmuró el escultor. ¿Por qué Fage nunca me lo ha dicho? Este pequeñito es un abismo. Al cabo quizá van á hacer juntos la caza del *in octavo* y del *in dozavo*.

—¡Oh, Vedrine!

Acabada su visita, Freydet subió lentamente por el muelle de Orsay, pensando en su libro y en sus ambiciones académicas, tan bruscamente quebrantadas por las rudas verdades que acababa de oír.

De todos modos, ¡qué pronto cambia uno! ¡Cuán pronto empieza uno á ser lo que será más tarde! Veinticinco años después, con arrugas y cabellos grises y las mil cosas postizas con que la vida carga al hombre, los dos camaradas del colegio de Luis el Grande volvían á encontrarse. Los mismos exactamente que en los bancos de clase: uno violento, exaltado, siempre sublevado; el otro dócil, respetuoso con las jerarquías, y en medio de todo esto, con un fondo de indolencia que se había desarrollado en la tranquilidad del campo.

Al fin y al cabo, quizá Vedrine tenía razón: ¿valía la pena de moverse tanto, aun teniendo a seguridad de llegar al fin? Principalmente se asustaba por su hermana, pobre enferma, sola en Clos-Jallanges, en tanto que él haría sus visitas de candidato. ¡Por algunos días no más de ausencia, le había escrito una carta tan alarmada y tan triste!

Pasaba entonces delante del cuartel de dragones, y le distrajo el aspecto de los hambrientos que esperaban al otro lado de la calle que les distribuyeran las sobras del rancho. Fijos allí hacía mucho rato, con el miedo de que no alcanzase la bazofia, sentados en los bancos ó alineados de pie junto al parapeto del muro, terrosos, sórdidos, con cabelleras y barbas de hombres-perros y andrajos de náufragos, allí estaban sin moverse ni hablarse, en tropel, acachando hasta el fondo del gran patio militar la aparición de las marmitas, y que el sargento les hiciera la señal de acercarse.

A la clara luz del día era espantosa aquella fila de ojos de fiera, de hocicos hambrientos, tendidos hacia la ancha puerta abierta, con expresión animal idéntica en todos.

—¿Qué hace usted ahí, mi querido discípulo? dijo Astier-Rehu, cogiendo del brazo á Freydet.

Estaba radiante, y fijándose en el gesto del poeta, que le señalaba en la acera de enfrente el conmovedor cuadro parisiense:

—¡Curioso! dijo: pero sus ojazos de pedagogo no sabían leer más que en los libros, ciegos á la impresión directa y conmovedora de las cosas de la vida.

Hasta en la manera de llevarse á Freydet y decirle: «Acompáñeme hasta la Academia,» se veía que el maestro desaprobaba esas niñerías callejeras y quería seriedad.

Suavemente apoyado en el brazo de su discípulo preferido, le contaba su alegría, su encanto, el milagroso hallazgo que acababa de hacer: una carta de la gran Catalina á Diderot sobre la Academia, y esto precisamente en vísperas de la solemnidad á que asistiría el Gran Duque. Pensaba leer aquella maravilla en plena sesión, y quizá ofrecer á Su Alteza, en nombre de la Corporación, el manuscrito de su ilustre antepasado. El barón Huchenard reventaría de envidia.

—A propósito, ya usted sabe, mi *Carlos V...*

No crea usted una palabra. ¡Calumnia, calumnia! Y aquí tengo con qué confundir á ese Zoilo.

Y con su mano corta y gruesa golpeó la cartera que llevaba bajo el brazo, y en la expansión de su alegría, queriendo que también Freydet fuese feliz, volvió á su conversación de la víspera, á la candidatura para el sillón que primero vacara. ¡Sería encantador ver al maestro y al discípulo sentados uno al lado del otro, bajo la gran cúpula!

—Y verá usted lo bueno que es, y lo bien que se está allí. No puede uno figurárselo sin verlo.

Al oírle, parecía que, una vez allí dentro, se acababan las tristezas y las miserias de la vida. Como que se detuvieron en el dintel, sin atreverse á entrar.

Allí se volaba muy alto, en la paz, en la luz, por encima de la envidia y de la crítica, en fin, ungido y santificado. Se tenía todo, todo, y ya no se deseaba nada. ¡Ah! ¡La Academia, la Academia! Todos sus detractores hablan de ella sin conocerla, ó con los celos rabiosos de los salvajes que no pueden entrar.

La voz recia resonaba y hacía volver la ca

beza á la gente que andaba por el muelle. Algunos le reconocían y pronunciaban el nombre de Astier-Rehu. A la puerta de sus tiendas, los libreros, los vendedores de estampas y objetos curiosos, acostumbrados á verle pasar á horas fijas, le saludaban con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Freydet, mire usted.

El maestro le enseñó el palacio Mazarino, al cual llegaban.

—Ahí está mi Instituto, tal como se me presentaba desde mi edad temprana, grabado en las cubiertas de las ediciones de Didot. Entonces me dije: «Yo entraré;» y al fin he entrado. Ahora le toca á usted, mi buen amigo. ¡Adiós! ¡hasta luego!

Penetró con paso vivo por la puerta de la izquierda de la entrada principal, cruzando una serie de grandes patios empedrados, majestuosos, llenos de silencio, en los que su sombra se agrandaba.

Desapareció, y Freydet siguió mirando, inmóvil, sobrecogido; y en su cara franca y llena, en sus ojos dulces y redondos, había la misma expresión que en los hocicos de los hombres-

perros que más abajo, esperaban el rancho junto al cuartel.

En adelante, al mirar al Instituto, su cara siempre había de tomar aquella misma expresión.

V

Comida de gala en el hotel Padovani, seguida de recepción íntima. El gran duque Leopoldo, en la mesa de «su perfecta amiga,» recibe á algunos individuos escogidos de las diferentes secciones del Instituto, correspondiendo así á la acogida de las cinco Academias y á los golpes de incensario de su director.

El mundo diplomático está ventajosamente representado, como sucede siempre en casa de los ex-embajadores; pero el Instituto está en mayoría, y hasta el lugar señalado á los convidados da idea de lo que es el banquete.

El Gran Duque, sentado enfrente de la señora de la casa, tiene á su derecha á la señora Astier, y á su izquierda á la condesa Foder, esposa del primer secretario de la Embajada finlandesa, que hoy hace las veces del embaja-